

cuales conocía por sus nombres. Estando un jueves Santo celebrando los oficios, fueron á avisarle que una yegua de las que él mas estimaba acababa de parir un potro. Al oír esta noticia, se retiró inmediatamente del altar para ir á verle, y volvió despues á concluir los oficios. En fin, su locapasion fué la causa de su muerte, porque corriendo en un caballo tan fogoso como bien cuidado, recibió tan gran golpe contra una pared, y perdió tanta cantidad de sangre, que le resultó una hidropesía, de la cual murió, siendo de edad de cuarenta años con corta diferencia.

Ocupaba á la sazón la Silla de San Pedro Juan XI, hijo de la famosa Marocía y de Guido, duque de Spoleto, y no del Papa Sergio como pretende Luitprando sin mas fundamento que los rumores populares. Despues de la muerte desgraciada de Juan X, ahogado por orden de Marocía á mediados del año 928, habia habido otros dos Pontífices, de los cuales el primero llamado Leon VI, mirado sin razon como intruso por algunos modernos, reinó como unos siete meses, y Esteban VII poco mas de dos años. Juan XI fué consagrado el día 20 de marzo del año 931 á los veinticinco años de edad; edad poco conveniente al Padre comun de todos los fieles; y así sucedió que en los cinco años que vivió este Pontífice despues de su elevación, no presentó ningun rasgo que fuese digno de un carácter tan augusto. Su hermano uterino, llamado como él Alberico, se habia apoderado de toda la autoridad en Roma, y no cesó de dominarle y maltratarle hasta que habiéndole puesto en una cárcel, donde le tuvo por espacio de mas de tres años, murió á principios de enero de 936 este jóven y desgraciado Papa, víctima de la loca pasión y del bárbaro furor de sus parientes. Durante la cautividad de Juan XI (por el hecho de Alberico mas bien que del Papa, el cual por lo demas

nunca fué dueño de sí, dominado como estaba por su madre ó por su hermano) fué cuando se enviaron legados á Constantinopla con una carta sinódica para autorizar la ordenación de Teofilaeto; y hasta se concedió á este el palio perpétuamente, sin embargo de que hasta entonces no parece hubiesen recibido de los Papas esta condecoración los patriarcas y demas preladados de Oriente. Mas sea lo que fuere lo que pasase en Roma en esta deplorable época, todavia causará todo ello menos sorpresa si se considera la anarquía que reinaba en todas las demas partes. En el estado de confusión en que la sociedad se hallaba, ¿puede por ventura estrañarse el que los tiranelos que alternativamente se hacian señores de Roma hayan dispuesto á su capricho de la Santa Sede para colocar en ella sus hijos ó sus hechuras? ¿No debe antes bien llenarnos de admiración la divina Providencia, pues que en medio de tantos escándalos supo conservar puro en la Iglesia el depósito de la enseñanza? Porque, nótese bien, en los archivos de esta época tan desacreditada no se encuentra decreto alguno que sea contrario á la fé, ó á las costumbres ó á la disciplina general.

Pocos dias despues de la muerte de Juan XI fué elegido sucesor suyo Leon VII, llamado Leon VI en muchos catálogos que tratan de intruso al anterior Papa de este nombre. Leon VII se mostró muy diferente de todos los que en aquel siglo tan infeliz fueron piedra de escándalo para la fé que debian sostener y corroborar; pues lejos de codiciar una dignidad, ambicionada por tantos temerarios que solo consideraban su brillantéz exterior, hizo los mayores esfuerzos para eximirse de ella, conformándose con las máximas antiguas casi olvidadas entonces. No alteró en su pontificado el método de vida que observaba anteriormente, ni dejó de aplicarse con la frecuencia que antes

á la oración y á la meditación de las verdades eternas; mostrándose al mismo tiempo afable con todos, grande en sus ideas, prudente en sus resoluciones y conducta, atento y lleno de amenidad en sus discursos. Así le pinta Flodoardo, que vivió familiarmente con él (1).

En este pontificado fué cuando Gerardo, arzobispo de Lorek, cuya Silla fué trasladada á Salzburgo, hizo un viaje á Roma para consultar al Papa acerca de muchos puntos, así en su nombre como en el de los obispos de Francia y de Alemania. Por la respuesta, dirigida á todos los obispos de las Galias y de la Germania, vemos cuáles eran las cuestiones que se habian sometido á la deliberación de la Santa Sede. En ella se declara que no era culpable el haber condenado, segun las leyes humanas, á los sortilegos, agoreros y hechiceros; pero que ante todo debe exhortárseles y tratar de escitarlos á penitencia. Quiere que los obispos sigan el uso de la Iglesia romana y digan *Pax vobis* en todas las fiestas y domingos en que se dice el *Gloria in excelsis*. «Se nos ha propuesto otra cuestión, dice el Papa, muy propia para hacernos gemir y derramar copioso llanto, á saber, si pueden ser promovidos á las órdenes los hijos de los sacerdotes que se han casado públicamente. Estos matrimonios son un crimen condenado por la Escritura y por los cánones que prohiben á los sacerdotes habitar con mugeres, y con mayor razon casarse. Sin embargo, los hijos de estos sacerdotes no participan de su crimen, y por otra parte el bautismo perdona todos los pecados.» Los corepiscopos (pues todavia los habia á pesar de los cánones) no deben consagrar las iglesias, ni ordenar sacerdotes, ni dar la confirmación. Los que se han casado, siendo parientes, sin saberlo, en ter-

cer ó cuarto grado, deben estar sujetos á la penitencia.—Al fin de esta respuesta previene Leon VII á los obispos de las Galias y de la Germania, que ha nombrado vicario suyo en sus provincias á Gerardo y les intimale obedezcan en todo lo concerniente al orden eclesiástico y al restablecimiento de la disciplina (938).

Habiéndose indispuerto Alberico, hermano de Juan XI y señor absoluto de Roma, con su suegro Hugo, rey de Provenza y de Italia, llamó Leon á San Odon, abad de Cluny, cuyo mérito y reputación le eran bien conocidos, para que los reconciliase (1). El santo abad hizo en esta ocasión dos prodigios, porque no solamente resucitó los sentimientos de la naturaleza que estaban estinguidos en el corazón de ambos príncipes, sino que sofocó tambien en el alma del orgulloso Alberico el resentimiento del ultraje que le habia hecho el rey Hugo dándole en público una bofetada. Fué tan grande el respeto y amor que Alberico concibió del Santo, que habiendo levantado la mano un hombre grosero y brutal para darle un golpe, se la habria hecho cortar el príncipe, á no haber intercedido por el reo el Santo á quien se ultrajaba. Odon dió pruebas visibles de su moderación y de su caridad en otras muchas ocasiones. Hacia limosnas abundantes en todos los lugares por donde pasaba, y el modo con que mostraba su liberalidad cautivaba los corazones aun mas que sus mismos beneficios. En Sena, que se veia afligida con el cruel azote del hambre, vió en la calle tres hombres, que por la nobleza que mostraban en medio de una miseria estremada, le parecieron personas de distinción; y por no ofender su delicadeza, aparentó que tenia grandes deseos de unas semillas que les habian que-

(1) Flod. Chron. ann. 936.

(1) Vit. lib. 1 et 2; Luitpr. lib. 4, cap. 1.

dado y dió una suma considerable de dinero en cambio de ellas.

Odon habia nacido en el pais del Maine (879) de unos padres ilustres y tan piadosos, que á ejemplo de su hijo abrazaron despues la vida religiosa. Habiendo logrado del cielo con el fervor de sus oraciones este hijo de bendicion, cuya madre era de edad muy avanzada cuando le concibió, le ofrecieron á San Martin poco despues de su nacimiento. La escelente indole de Odon, sus virtudes prematuras y todas las gracias con que el cielo le habia favorecido anticipadamente, le inclinaron aun mas que sus padres á consagrarse todo á Dios. Los canónigos de San Martin de Tours, que eran ciento y cincuenta, y ocupaban el lugar de los trescientos monjes de que habia constado en lo antiguo el clero de aquella iglesia, observaban todavia las reglas principales de la vida religiosa, cumplian exactamente con la obligacion de rezar y cantar en ciertas horas, á cuyo ejercicio estaba ya reducida la salmodia perpétua, y vivian separados de los peligros del mundo, y especialmente del trato y comunicacion con las mugeres, las cuales no entraban en su clausura. Odon se cortó el cabello y fué admitido con las solemnidades acostumbradas en el número de aquellos canónigos reglares (898), habiendo llegado á ser muy en breve el dechado de todos y la mas brillante antorcha de la casa. Como estaba adornado de unas disposiciones admirables para las ciencias, le enviaron á estudiar á Paris, en cuya escuela no habia impedido la barbarie que la doctrina se perpetuase por medio de una sucesion continua de escelentes maestros. Allí estudió bajo la direccion de Remigio, sábio monge de San German de Auxerre, que habia tenido por maestro á su compañero Herico, discípulo de Lupo de Ferrieres y de Haimundo de Alberstad, instruidos uno y otro por Rábanó, y éste por Alcuino. Apro-

vechó tanto Odon en el arte de raciocinar y de escribir, que despues de haberle ordenado de sacerdote Turpion de Limoges, prelado de los mas distinguidos de su tiempo por su ciencia y virtud, le dió el cargo de que coordinase y publicase en forma de conferencias lo que le habia inculcado con tanta frecuencia, así contra la relajacion de los clérigos como acerca de la escelencia del sacerdocio. Este escrito fué, por decirlo así, un ensayo ó muestra de la capacidad de Odon, y un preludio de otras muchas obras sólidas que de él nos han quedado.

Era entonces monge de Cluny, á donde le habia llevado el deseo de servir á Dios mas perfectamente. Despues de haber recorrido las regiones de Francia mas célebres por sus monasterios, no halló otro alguno en que pudiese seguir el plan de perfeccion que se habia propuesto, pues estaban casi todos destruidos con las guerras civiles y las desolaciones de los bárbaros, que habian durado sesenta años, no quedando de ellos mas que montones de ruinas, con algunas paredes ahumadas que apenas pudieron librarse del furor de los incendios que habian consumido todo lo demás. En muchos parages y aun en provincias enteras era cosa difícil averiguar dónde habian estado aquellos claustros inmensos y aquellas magnificas iglesias, y solo podian conocerse por la desigualdad de la tierra y por los montecillos cubiertos enteramente de espinas y malezas, debajo de las cuales estaban sepultados los monjes y los monasterios. Los religiosos que no habian perecido, pasaban una vida errante y vagabunda, y si hallaban alguna parte donde poder respirar, hacian á toda prisa unas malas chozas, donde se ocupaban mas bien en buscar su subsistencia que en practicar su regla. Disminuyéndose de dia en dia el número de estos religiosos, y habiéndose restablecido la tranquilidad, ocuparon los clérigos en muchos

lugares las casas que ellos abandonaban, siendo este el origen de tantas fundaciones regulares poseidas despues por el clero secular.

Habiendo hallado Odon en Cluny lo que habia buscado inútilmente en otras muchas partes, fué recibido en esta casa como lo exigian la pureza de sus intenciones y el conocimiento que en ella se tenia de su doctrina. Desde luego se le confió la escuela ó el cuidado de la juventud. Entonces tenia Odon treinta años, y á los cuarenta y ocho recibió la consagracion abacial en vida y á instancias del abad Bernon, que estaba muy cerca del fin de su carrera, y por una orden espresa de los obispos, los cuales tuvieron que luchar bastante con la modestia del santo coadjutor. Bernon murió poco despues (927), sin haber formado jamás un cuerpo de congregacion de los varios monasterios que estaban sujetos á su autoridad; de modo que su sucesor Odon fué propiamente el fundador de esta asociacion ó congregacion de Cluny, incorporando en ella una multitud de monasterios antiguos y considerables que se pusieron á su cargo, no solo en Francia, sino tambien en Italia y aun en la misma ciudad de Roma. Todas estas casas en general le reconocian por abad; mas no por eso dejaba de poner en cada una un abad particular, que era como un vicario suyo. Entre las principales abadías que reformó en Francia se cuentan las tres siguientes: Aurillac, Sarlat y Tule, que despues han sido erigidas en otros tantos obispados. En vida de Odon recibió tantas donaciones la sola abadía de Cluny, que se conservan todavia ciento ochenta y ocho escrituras. Vivió el santo abad hasta año 942, último del pontificado de Esteban VIII, que habia sucedido á Leon VII, á mediados del año 939, y ocupado la Santa Sede tres años y cuatro meses. Es digno de notarse que al pasar este Papa desde la Silla de Pavia á la

de Roma, dejó el nombre de Pedro por respeto al Principe de los Apóstoles, y que ningun sucesor suyo ha tenido jamás este nombre. De órden suya habia hecho Odon tres viajes á Roma; y aunque enfermó en el último, tuvo bastantes fuerzas para volver á Francia y llegar á Tours á la fiesta de San Martin, creyendo que debia á la intercesion de este Santo el haber vivido hasta entonces. Celebró su fiesta con una devocion extraordinaria, y murió el dia de la octava á los sesenta y cuatro años de edad.

No careció de imitadores en los varios paises de las Galias este santo restaurador de la disciplina monástica. La Bélgica ejerció principalmente el celo de San Gerardo, abad de Brogna, el cual habia nacido en el territorio de Namur de una familia ilustre, y mostró desde los primeros años de su juventud un gran fondo de religion y una aversion estremada á los vicios de esta edad (1). En la carrera de las armas, á que se dedicó desde luego por razon de su nacimiento, conservó toda la pureza de sus costumbres y adquirió la reputacion de una probidad incorruptible, de un juicio y prudencia tal, que por este concepto mereció ser el consejero íntimo del conde de Namur, de quien era tan querido y estimado que no le costó poco vencer este obstáculo cuando se creyó llamado á una vida mas perfecta. Pero se hizo sordo á la voz del favor apoyada por sus parientes. Se cortó la barba y el cabello y tomó el hábito monástico en San Dionisio (918), donde vivió diez años; despues de lo cual sacó de allí doce monjes, los puso en lugar de los clérigos que servian en la iglesia de Brogna y formó de ella un monasterio que no tardó en hacerse célebre con las virtudes del santo abad y de sus discípulos. Arnoldo, conde de Flandes, y Gisleberto, duque de Lorena, quedaron tan

(1) Saec. V. Act. SS. Bened. pag. 248.

edificados cuando supieron los piadosos egercicios en que se empleaba, que le suplicaron reformase todos los monasterios de sus Estados. La reforma se extendió hasta Francia, en las abadias de San Remigio de Reims y de San Riquier. En lo sucesivo se unió la mesa abacial de Brogna al obispado de Namur.

Los bárbaros destructores de los monasterios y de la disciplina monástica fueron después sus restauradores. Guillermo, hijo y sucesor de Raulo ó Roberto, primer duque de Normandía, se dedicó á hacer que floreciese la piedad en sus antiguos asilos, luego que vió los efectos de su celo por el restablecimiento de la calma y tranquilidad entre sus súbditos. Reedificó un gran número de monasterios y entre otros el de Jumiega con el motivo que vamos á esponer (1). Un día que estaba cazando en sus inmediaciones, vió dos solitarios ocupados en hacer escavaciones en las ruinas para construir algunas celdas. Habiéndose internado en el bosque para perseguir á un javali, el animal se volvió furioso contra él, le derribó del caballo y faltó poco para que le matase. Libre el duque de una muerte tan próxima, volvió á Jumiega, donde se le ofrecieron algunos auxilios que aceptó, y cuyo valor consistía en la caridad activa y respetuosa de aquellos pobres solitarios. Era tal su indigencia, que no tuvieron otra cosa de qué echar mano para obsequiar al príncipe que pan de cebada y agua. Enternecido el duque les prometió al momento que reedificaría su monasterio; lo que hizo sin tardanza y de un modo digno de él. Como al mismo tiempo que poseía todas las cualidades propias para el trono, tenía también mucha piedad, mucho celo y unas ideas muy sanas en punto de religion, dispuso que fuesen á Jumiega doce religiosos de co-

(1) Will. Gemmet, lib. 3, cap. 7.

nocida virtud y perfectamente instruidos, para que restableciesen allí la regularidad, de la cual quiso dar ejemplo él mismo; y hubiera puesto en práctica inmediatamente la resolución que habia tomado desde la edad juvenil, si no le hubiese representado el abad, que siendo todavía niño su hijo Ricardo, se haria él responsable de las turbulencias que no dejarían de originarse después de su retiro (1). Guillermo dilató la ejecución de su designio sin alterarle en nada, y se proveyó de un hábito monástico para ponerse luego que se lo permitiese el bien de los pueblos; esperaba poder cumplir su promesa después de la paz ajustada con Arnolfo, conde de Flandes; pero al salir de la conferencia fué asesinado por orden de este príncipe perjuro cerca de Pequigny, pueblo de Picardía, á 17 de diciembre del año 943.

Adalberon, obispo de Metz, cuidó del restablecimiento y reforma de los monasterios de su diócesis, empezando por reparar el de Gorza, del que hizo una especie de seminario, desde donde pudiesen esparcirse por todos los demas el espíritu y las virtudes religiosas. Colocó en este monasterio siete eclesiásticos de gran piedad, los cuales pensaban pasar á Italia para servir á Dios mas libremente. Juan, que habia nacido en la aldea de Vendieres entre Metz y Toul, de padres ricos aunque de mediana esfera, fué el mas célebre entre ellos, y mereció ser honrado con el título de Santo y de bienaventurado (2). Su primer maestro habia sido un solitario llamado Lamberto, que vivia en la selva de Argona. Pero Lamberto era un hombre grosero é ignorante, cuya feroz virtud no tenia otra guía que los arranques del capricho y la aspereza del genio. Vivía de un modo tan extraordinario,

(1) Will. Gemmet, l. III, c. 8.

(2) Sacc. V. Bened. VII, num. 9, pag. 388.

que mas bien era un objeto de risa que de edificación. Vestía con el mayor desaseo, y á las veces con una desnudez y negligencia tan grande que era ofensiva del pudor. Trabajaba en extremo, pero intempestivamente, y solo comía cuando no podia resistir al hambre, y esto en el momento en que lo exigía la necesidad, fuese de día ó de noche. Su alimento consistía en un pan muy grande que hacia él mismo y le duraba sesenta días, de suerte que muchas veces tenia que partirle con una hacha para comerle después en cantidad determinada, á cuyo efecto cuidaba siempre de pesarle. No obstante la crítica que se hace de este siglo de la Iglesia, se conservaban todavía en el espíritu de los fieles unos vestigios tan profundos de la noble sencillez del Evangelio, y del juicio con que debe dirigirse la mortificación cristiana, que no era fácil confundir sus disformes apariencias con la realidad. Los que habitaban en las cercanías de aquel sitio no tardaron en hacer la distinción conveniente entre Lamberto y Juan, y aconsejaron á este que se apartase de la compañía de un visionario, á cuyo lado nada podia aprovechar: lo que hizo por último, luego que se convenció de que aquella vida era tan inútil para él como para el público. En Gorza se le encargó el cuidado de los negocios temporales.

Pero tenia una elevación y extensión de genio aun mas propia para el manejo de los negocios del Estado que para el ministerio oscuro de procurador de monges, y además de esto sabia conciliar con la piedad de un solitario toda la intrepidez de un héroe. Oton, rey de Germania desde el año 937 y que en 951 fué hecho rey de Lombardia por su matrimonio con Santa Adelaida, viuda de Lotario, recibió una embajada de Abderraman, rey de los sarracenos en España, y queriendo enviarle unos embajadores capaces de sostener el honor de la Religion,

(1) Sacc. V. Bened. VII, num. 115.

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

no se le pudo proponer otra persona mas á propósito que el monje Juan para desempeñar una comision tan peligrosa (1), como que su objeto era presentar y apoyar de viva voz la respuesta del emperador á la carta de Abderraman, carta en la que se habian deslizado algunas palabras injuriosas al cristianismo (954).

Habiendo llegado Juan á Tortosa, que era la primera ciudad del imperio de Abderraman, le detuvo en ella el gobernador igualmente que á su comitiva por espacio de un mes hasta saber la voluntad del rey. Entonces se le permitió que pasase á Córdoba, que era la capital, y allí se le trató con mucha distinción, pero sin hablar todavía de admitirle á la audiencia del príncipe. Todos los días ocurrían nuevas demoras causadas por las esplicaciones recíprocas en que intervenia siempre una tercera persona, sin que el embajador pudiese dar cumplimiento á su comision. Habia descubierto Abderraman que las cartas de que Juan era portador combatian la ley de Mahoma; y era un delito digno de muerte, aun en el mismo rey, oír con indiferencia semejantes discursos ó diferir su castigo hasta el día siguiente: por lo cual se hizo saber á Juan el gran riesgo á que se esponía presentando sus despachos; pero respondió con la intrepidez que se habia esperado de él cuando se le dió este encargo, que si supiese que le habian de cortar en menudos pedazos, no faltaria á la fidelidad que debía á Dios y á su rey, y que por lo demás no entregaria los regalos de Oton sin presentar al mismo tiempo sus cartas. Lejos de irritar á Abderraman la firmeza de esta respuesta, agradó mucho á este príncipe que gustaba de las almas fuertes. Tomó, pues, el partido de enviar un diputado al rey de Germania para saber su última resolución

(1) Sacc. V. Bened. VII, num. 115.